

EL SEGUIMIENTO DE JESÚS OBEDIENTE EN LOS INSTITUTOS SECULARES

La llamada universal a la santidad, a la perfección del amor, postula de todo creyente seguir a Jesús en su obediencia filial y radical. La finalidad del ministerio apostólico, como escribía Pablo a la comunidad de Roma, no es otro que conducir al ser humano a la obediencia de la fe. «Por él (Jesucristo) hemos recibido la gracia del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles, para gloria de su nombre». (Rom 1, 5) La obediencia de Cristo es fecunda: donde abundó el pecado sobreabundó la gracia y el perdón (cf. Rom 5, 18-21). Acoger el don de la salvación en la fe comporta entrar en comunión con la misma obediencia de Cristo, que inicia y consuma la fe. Por la obediencia se convirtió en causa de salvación para cuantos lo obedecen.

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec. (Hb 5, 7-10)

Los creyentes olvidamos e ignoramos, con demasiada frecuencia, esta verdad de la fe apostólica. Jesucristo se convierte en autor de salvación para los que le obedecen. La palabra del anciano Simeón, inspirada por el Espíritu, sigue vigente: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción –y a ti misma una espada te traspasará el alma–, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones». (Lc 2, 34-35) El Hijo fue enviado en la carne, para darle a esta la posibilidad de obedecer; en modo alguno, para dispensarla de la obediencia. Dios respeta la libertad, pero exige responsabilidad. Cristo nos ha liberado para la libertad del amor, para realizar la verdad en el amor. El que realiza la verdad va a la luz. La verdad nos hace libres en la medida que la acogemos y la practicamos.

La permanencia en la palabra de Cristo es lo propio del discípulo, el camino real de la libertad. El evangelio de Juan nos transmite estas palabras vivas del que es la fuente de la vida y libertad; palabras dirigidas a los que habían creído en él.

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Seréis libres”?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. (Jn 8, 31-36)

Los evangelios sinópticos insisten en lo mismo, pero de modo diferente. Me limito a citar dos pasajes importantes, en los que Jesús nos habla de su verdadera familia y de los que edifican sobre roca. «Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». (Mc 3, 34-35) María es la madre, ante todo, por su obediencia a la palabra de Dios. La Iglesia es también la madre, en cuanto obedece la Palabra.

Y a nosotros, los discípulos del reino de Dios, llamados a practicar una justicia mayor que la de los escribas y fariseos, paganos y publicanos, Jesús nos dice: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron sobre la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca». (Mt 7, 24-25) La obediencia a palabra de Dios nos hace sabios; la desobediencia hace necios. ¿Queremos ser prudentes o necios? Esta es la gran cuestión.

Todo cristiano, por tanto, está llamado a vivir la obediencia de la fe, o lo que es lo mismo, a seguir a Jesús obediente; pero cada uno de acuerdo con la gracia y vocación recibida del Señor. La obediencia de la fe, conviene notarlo, es a alguien y no tanto a una norma. Para subrayar esto y luego pasar a las consecuencias sobre cómo vivir esta obediencia a partir del carisma de los IS, seguiré tres pasos en esta meditación: contemplar la obediencia de Jesús en su vida terrestre como expresión de su comunión perfecta con el Padre; en un segundo momento, ver cómo Pedro y Pablo viven la misión en obediencia al Espíritu; por último sugeriré alguna orientación para vivir el seguimiento de Jesús en su obediencia filial de enviado del Padre. Escuchemos, una vez más, al autor de la carta a los Hebreos: «Por tanto, hermanos santos, vosotros que compartís una vocación celeste, considerad al apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos: a Jesús, fiel al que lo nombró, como lo fue Moisés en toda la familia de Dios». (Hb 3, 1-2)

I.- LA OBEDIENCIA FILIAL Y APOSTÓLICA DEL ENVIADO DEL PADRE.

Según la carta a los Hebreos, Jesús, al entrar en este mundo, manifestó su conciencia de ser enviado para hacer la voluntad de Dios, como está escrito en el salmo: «He aquí que vengo para hacer, ¡Oh Dios! tu voluntad», y comenta el autor de nuestra carta: «Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez para siempre». (Hb 10, 1-18) El autor de nuestra carta lee el inicio desde el final. El Hijo fue enviado en la carne, para llevar a cabo la voluntad de Dios.

Pero la misma carta afirma que Jesús, aun siendo Hijo, tuvo que hacer el aprendizaje de la obediencia entre gritos y lágrimas (cf. Hb 5, 7-10). La obediencia es el verdadero sacrificio agradable a Dios, como atestigua la Biblia: «¿Le complacen al Señor los sacrificios y holocaustos tanto como obedecer su voz? La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad, más que la grasa de carneros». (1S 15, 22). Mediante su obediencia, Jesús, «con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados», como atestigua el Espíritu Santo. (Hb 10, 14-15)

Con el fin de contemplar la dinámica profunda de la obediencia filial de Jesús en su condición de enviado al mundo, para darnos vida eterna, contemplemos con fe algunos momentos de su vida.

1.- La sumisión a sus padres

A los doce años, Jesús se quedó en el templo y sus padres lo buscaron angustiados durante tres días. Cuando se excusó diciéndoles que debía estar en las cosas de su Padre, no lo entendieron. Y añade el evangelista: «Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». (Lc 2, 41-52) Jesús se presenta así

sujeto a sus padres, como los otros muchachos de su edad. Contemplemos a Jesús, *incomprendido, sumiso y abrazando* la condición humana, esto es, la del progreso propio de cualquier ser humano. La obediencia forma parte de la condición social y cultural de la persona. Él hizo la experiencia de las mediaciones humanas. ¡Tantos años en Nazaret y el mundo danto tumbos! Y eso que a los doce años el muchacho debía obedecer a Dios antes que a sus mismos padres, pues ya estaba bajo la ley.

Nada dicen los evangelistas de cómo Jesús vivió la obediencia en el trabajo, en sus relaciones con los clientes, con los muchachos de su edad... etc.; pero todo hace pensar que fue de lo más normal. Vivió la obediencia propia de cualquier hombre. La carta a los filipenses nos dice: «Hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia» (Flp 2, 7). Jesús vivió la obediencia en una cultura determinada. Fue hecho bajo la Ley y bajo ella trascurrió su vida (cf. Gal 4, 4).

En las bodas de Caná, Jesús da una respuesta positiva a la indicación de su madre, que, consciente o inconscientemente, le muestra llegada la hora de su intervención (cf. Jn 2, 1-12). Y esto a pesar de su respuesta un tanto desabrida: «Mujer, ¿qué tengo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora». Pero su madre volviéndose a los sirvientes, les dijo: «Haced lo que él os diga». Y comenzaron los signos. Es la obediencia del hijo adulto.

Pero también debemos tener presente la respuesta dada a los que le dijeron: «Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan». Marcos señala antes, cómo la familia quería llevárselo, «porque se decía que estaba fuera de sí». Pues bien, la respuesta de Jesús fue contundente: «Y mirando a los que estaban a su alrededor, dice: Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». (Mc 3, 21.34-35) Jesús, en la plenitud de su vida y misión, vive siempre en la obediencia al Padre, pero sin obviar las mediaciones humanas, ni absolutizarlas.

2.- Obediencia y libertad en su condición de enviado

Los evangelios narran, sobre todo, la andadura de Jesús desde el Jordán hasta la cruz. Ante la resistencia de Juan Bautista para bautizarlo, Jesús se mantiene firme con estas palabras: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia». (Mt 3, 15) Jesús vive según la justicia e invita a Juan a hacer lo mismo, ha llegado el momento de llevar a cabo el designio del Padre. La venida del Espíritu y la voz del cielo van a guiar toda su existencia de enviado, para dar la vida en abundancia, como el verdadero pastor mesiánico.

Impulsado por el Espíritu va al desierto, donde decide vivir de la palabra como el siervo fiel anunciado por los profetas. Y ungido por el Espíritu, toda su vida pública se desarrolla como un acto de obediencia. Ha venido a cumplir las Escrituras. Libre y responsablemente vive de acuerdo con lo anunciado por los profetas. «Mi alimento, revela a sus discípulos, es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra». (Jn 4, 34) «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que ve hacer al Padre». (Jn 5, 19).

A los judíos, les dijo: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que yo soy, y que nos hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada». (Jn 8, 28-29) Jesús es obediente y dócil a través de la escucha, de la contemplación y del discernimiento.

La primera parte del evangelio según san Juan concluye con un resumen del ministerio de Jesús, enviado por el Padre para dar la vida en abundancia al mundo. Todo el ministerio de Jesús es un profundo acto de obediencia al Padre que lo envió por amor al mundo. Releamos este magnífico texto.

Habiendo hecho tantos signos delante de ellos, no creían en él para que se cumpliera el oráculo de Isaías que dijo: «Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio? y ¿el brazo del Señor a quién ha sido revelado?». Por ello no podían creer, porque de nuevo dijo Isaías: «Ha cegado sus ojos y ha endurecido sus corazones, para que no vean con sus ojos y entiendan en su corazón y se conviertan y yo los cure». Esto dijo Isaías cuando vio su gloria y habló acerca de él. Sin embargo, incluso muchos de los principales creyeron en él, pero, a causa de los fariseos, no lo confesaban públicamente para no ser expulsados de la sinagoga, pues prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios. Jesús gritó diciendo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas. Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre». (Jn 12, 37-50)

Jesús vivió este camino de obediencia al Padre, en el Espíritu que bajó y permaneció sobre él. Y esta obediencia hizo de él un hombre realmente libre, dócil y fecundo, para llevar a cabo la obra del Padre.

3.- Obediencia a la hora del Padre en la hora de las tinieblas

La obediencia no fue fácil para Jesús, pues tuvo que afrontar una profunda rebelión de su propia carne. La turbación, la oscuridad, la angustia, el sudor de sangre, la oración intensa... etc. Todo nos recuerda su aprendizaje de la obediencia entre gritos y lágrimas.

Jesús vivió, por tanto, la obediencia en medio de una dramática oscuridad. Los creyentes olvidamos con frecuencia esta verdad. La hora del Padre acontece en la hora de las tinieblas, la justicia de Dios en la injusticia de los hombres, la profecía en labios cínicos, de un sumo sacerdote sin escrúpulos. El grano de trigo ha de caer en tierra y descomponerse, para dar fruto abundante. Ahora bien Jesús vivió la obediencia en el amor al Padre y del Padre, con la conciencia de ser amado. En el amor reside el fundamento de la obediencia filial del enviado en la condición de siervo. Jesús amó a los suyos hasta el extremo con el amor del Padre. Y dio su vida para que el mundo supiera que amaba al Padre:

Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el príncipe de este mundo; no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me ha ordenado, así actúo. Levantaos, vámonos de aquí. (Jn 14, 30-31)

Si interrogamos los escritos del Nuevo Testamento sobre qué hizo posible que la carne débil asumida por el Verbo eterno viviese semejante obediencia, la respuesta es clara. En la oración, Jesús se entregó, en la oscuridad más densa, de manera incondicional a los designios del Padre, entre sus manos. Gracias a la oración, fue sostenido por el Espíritu y en él se ofreció al Padre para la salvación de sus hermanos. El evangelio según san Lucas recuerda cómo un ángel del cielo lo confortó en la negra noche. La carta a los Hebreos recalca: Jesús se ofreció en el Espíritu eterno, sellando así la alianza eterna y el sacerdocio

eterno, de una vez para siempre. De esta forma Jesús cumplía el plan del Padre. Por ello proclama el autor sagrado que Cristo fue coronado de gloria en la pasión.

Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, del que estamos hablando; de ello dan fe estas palabras: *¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, | o el ser humano, para que mires por él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, | lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajo sus pies.* En efecto, al someterle todo, nada dejó fuera de su dominio. Pero ahora no vemos todavía que le esté sometido todo. Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos. Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.* Y también: *En él pondré yo mi confianza.* Y de nuevo: *Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio.* (Hb 2, 5-13)

La obediencia filial del siervo fue fecunda, libre y gloriosa. Brotaba de la comunión con el Padre, de su filantropía, de su amor a los hombres. Y así, «con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados. Esto nos lo atestigua el Espíritu Santo». (Hb 10, 14-15) Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. He aquí el misterio de la obediencia de Cristo, por la que ha sido constituido sumo y eterno sacerdote según el rito de Melquisedec. ¡Pidamos muy de veras la gracia de seguir a Jesús en su obediencia filial de enviado para dar vida al mundo!

II.- LA OBEDIENCIA APOSTÓLICA EN EL ESPÍRITU.

Prolongando la obediencia filial del enviado, del apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe, meditemos en dos relatos de los Hechos de los Apóstoles. Uno se refiere a Pedro y otro a Pablo y su equipo misionero. En apariencia son un tanto contradictorios y, no obstante, son complementarios y significativos en orden a vivir la obediencia en la misión.

1.- Pedro en casa de Cornelio

Pedro, como el resto de la comunidad apostólica, seguía siendo un fiel cumplidor de la Ley de sus antepasados. Seguía frecuentando el templo. Se atenía a las normas y costumbres de toda su vida. La ruptura entre el judaísmo y el cristianismo fue larga y dolorosa. La comunidad apostólica veía en la muerte y resurrección de Jesús el cumplimiento de las Escrituras de Israel, la realización de la esperanza del pueblo. Conviene tener esto bien presente, para mejor comprender la obediencia del apóstol.

En los capítulos 10, 1-11, 18, se narra «la conversión» del centurión romano, un pagano opresor a los ojos de la razón, y la obediencia de Pedro al Espíritu. Me limito a señalar tres momentos de este acontecimiento, verdadero tsunami en el seno de la Iglesia primitiva.

Pedro tiene una visión en la que se le invita a realizar algo contrario a su vida anterior de israelita. Para vencer su resistencia, intervino el Espíritu Santo. Pedro seguía perplejo, pero el Espíritu le urge: «Levántate, baja y ponte en camino con ellos sin dudar, pues yo los he enviado». He aquí el primer momento: para obedecer a Dios es preciso ir más allá de la cultura religiosa y de nuestras tradiciones. La obediencia comporta un cierto sacrificio y abandono de muchas de nuestras costumbres y coherencias.

Pedro, en segundo momento, toma conciencia de que Dios no hace acepción de personas: él mira el corazón y no las apariencias. Para obedecer a Dios es necesario, además de ahondar en la verdad, ir más allá de las apariencias. Y así Pedro, sorprendido ante el hecho de que el Espíritu desciende sobre los gentiles, que le escuchaban, se interroga: «¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?» Pedro reconoce cómo el Espíritu le precede en el corazón de los temerosos de Dios; y obedece al Espíritu que conduce la misión. Él es testigo en el Espíritu Santo.

Tercer momento. La comunidad, que no está al corriente de la experiencia de Pedro, le pide cuentas de su manera de actuar. Y Pedro, con todo detalle, da cuentas de su actuación. También esto forma parte de la obediencia. La comunidad reconoce la acción del Espíritu y da gracias: «Oyendo esto, se calmaron y alabaron a Dios diciendo: Así pues, también a los gentiles les ha otorgado Dios la conversión que lleva a la vida». Y la comunidad se abre a la catolicidad de la fe. No estamos ante una secta, sino ante la Iglesia apostólica.

El camino de la obediencia de la fe, por tanto, *es un verdadero sacrificio*, en el sentido de morir al pasado, para abrirnos a la verdad, novedad y libertad que brotan de la acción del Espíritu que nos precede, acompaña y orienta hacia el futuro la acción apostólica. Sin docilidad al Espíritu Santo, no existe una auténtica obediencia apostólica. Una obediencia que implica un duro combate con uno mismo, con sus ideas y costumbres, incluso con la misma comunidad.

2.- El Espíritu pone trabas a la misión

Acabamos de ver cómo el Espíritu condujo la misión de Pedro para abrir la comunidad a la acogida de los gentiles gratos a Dios. Meditemos ahora en las trabas del Espíritu Santo. Pablo y su equipo misionero se ven obligados a seguir un camino diferente al que habían planeado con buen criterio, para llevar a cabo la misión para la que habían sido destinados por la comunidad. Releamos este relato un tanto sorprendente para nosotros.

Al pasar por las ciudades, comunicaban las decisiones de los apóstoles y presbíteros de Jerusalén, para que las observasen. Las iglesias se robustecían en la fe y crecían en número de día en día. Atravesaron Frigia y la región de Galacia, al haberles impedido el Espíritu Santo anunciar la palabra en Asia. Al llegar cerca de Misia, intentaron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo consintió. Entonces dejaron Misia a un lado y bajaron a Tróade. Aquella noche, Pablo tuvo una visión: se le apareció un macedonio, de pie, que le rogaba: «Pasa a Macedonia y ayúdanos». Apenas tuvo la visión, inmediatamente tratamos de salir para Macedonia, seguros de que Dios nos llamaba a predicarles el Evangelio. (Hch 16, 4-10)

Por dos veces el Espíritu Santo impide al equipo misionero llevar adelante su programa de anunciar la palabra en Asia o en Bitinia. Los Hechos no explican cómo fueron impedidos, pero sí afirma con clara conciencia que fueron impedidos por el Espíritu, quizás a través de mediaciones humanas. Obedecer, no obstante, no les lleva a resignarse, buscan otros lugares donde anunciar el Evangelio.

La visión nocturna de Pablo les hace comprender qué quería Dios de ellos. «Seguros de que Dios nos llamaba a predicarles el Evangelio». Este relato recuerda que el apóstol debe conducirse en la obediencia y no según sus planes. El protagonista de la misión no es el apóstol, sino el Espíritu Santo. Esto me parece de la mayor importancia para todos y cada uno de nosotros.

La flexibilidad y el discernimiento son ingredientes esenciales de una real obediencia apostólica. No se trata de negar la importancia de hacer proyectos, pero sí de recordarnos que debemos avanzar con la dinámica propia de la provisionalidad. Esto se olvida con gran frecuencia. De ahí nacen las frustraciones y depresiones, pues tendemos a confundir la misión con actividades. La misión es siempre posible si acompasamos nuestras vidas al Espíritu del Señor. En esto reside la verdadera obediencia apostólica fruto de la escucha y discernimiento.

Es importante que nuestros equipos y comunidades nos ayuden a vivir en una actitud de obediencia apostólica, en el día al día. No seamos esclavos de ciertas actividades. Vivamos la obediencia que nos libera para ser colaboradores del Espíritu.

III.- LA OBEDIENCIA EN LA SECULARIDAD CONSAGRADA.

La obediencia es la característica fundamental del Hijo enviado por el Padre en una carne semejante a la nuestra. Su vida se inicia con un acto de obediencia. Su muerte en la cruz es la expresión de una obediencia vivida en el amor. Esta obediencia revela el amor del Hijo al Padre y su solidaridad con sus hermanos los hombres. La obediencia filial de la fe es siempre fecunda. Por ello es importante recordar, una vez más, la triple expresión de la fe apostólica: «Se hizo carne», «se hizo pobre», «se hizo obediente». Y así se convirtió para los que le obedecen en causa de salvación. Veamos ahora cómo seguir a Jesús obediente en el marco de la secularidad consagrada. He aquí unas pequeñas orientaciones de tipo general, pues cada Instituto tiene su propia originalidad.

1.- El seguimiento de Jesús obediente y la autonomía de las realidades temporales

El concilio Vaticano II reconoció y subrayó que la legítima autonomía de las realidades temporales, de la persona, de la sociedad, de la ciencia, etc., corresponde con la voluntad del Creador. Pero esto no quiere decir que la realidad creada sea independiente del Creador y que el ser humano pueda usarla sin referencia a él. «La criatura sin el Creador desaparece». «Por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida». (GS 36)

Pues bien, a la luz de esta verdad, el seguimiento de Jesús obediente en la secularidad consagrada comporta vivir la obediencia a Dios respetando, discerniendo e impulsando la legítima autonomía de la realidad terrena, como lo hiciera Jesús en Nazaret. Y esto debe hacerse de modo que contribuya a recapitular todas las cosas en Cristo; dicho con palabras del Concilio: a preparar los materiales del reino de Dios.

Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos los libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios.

El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial. (GS 38)

La obediencia al Creador, por tanto, implica amar la realidad creada por él, cultivarla de acuerdo con su designio, luchar contra todo aquello que aleja al hombre de su verdadera condición de criatura (cf. GS 37). La obediencia al Creador debe ser vivida en lo concreto de la vida. Y esto no puede hacerse a partir de normas o consignas, sino a través de una actitud de discernimiento, sin rehuir, si necesario fuere, el ser signo de contradicción.

En esta perspectiva, la obediencia supone también una buena dosis de contemplación, para descubrir cómo el reino de Dios acontece en la historia. Las parábolas del reino de Dios muestran cómo Jesús contempló y obedeció el designio de Dios inscrito ya en la misma creación. Obedecer comporta echar la semilla y saber esperar. El progreso del mundo es un proceso lento. Pablo lo sabía también y lo recordó en estos términos: «Ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer». (1Cor 3, 1ss) Dios es el que dirige la obra. Todos somos colaboradores de Dios. La paciencia activa y la obediencia deben ir unidas (cf. Sant 1, 2-3; 5, 7-11)

2.- La obediencia según estatutos del Instituto

Para posibilitar la vivencia de esta obediencia al Dios creador, tras las huellas de Jesús obediente, cada IS tiene sus propios estatutos, aprobados por la Iglesia, última depositaria del carisma. Por tanto, al ingresar en la comunidad carismática, uno se compromete a vivir la obediencia en la secularidad de acuerdo con lo establecido en sus Estatutos. Ahora bien, estos deben estar acordes, a mi entender, con la originalidad propia de la secularidad consagrada. De otra forma existe el riesgo de hacer, consciente o inconscientemente de los IS, una especie de congregación religiosa. Y así no se respetaría, según mi opinión, la originalidad del carisma propio de los IS:

Toda la vida de los socios de los Institutos Seculares, dedicada a Dios por la profesión, debe convertirse en apostolado, el cual ha de ejercerse perpetua y santamente, con tal pureza de intención, unión interior con Dios, generoso olvido y fuerte abnegación de sí mismo, por amor a las almas, que no tanto manifieste el espíritu interior de que esta informado, cuanto continuamente lo alimente y renueve. Este apostolado, que abraza toda la vida, se suele sentir continuamente tan profunda y sinceramente en estos Institutos, que con la ayuda y auxilio de la Divina Providencia, parece que la sed y ardor de las almas no tanto dio felizmente la ocasión a la consagración de la vida, cuanto impuso en gran parte su forma y razón propia, y por modo maravilloso el llamado fin específico exigió y creó también el fin genérico. Este apostolado de los Institutos Seculares debe ejercerse fielmente, no sólo *en el siglo*, sino como *desde el siglo*; y, por lo mismo, en profesiones, ejercicios, formas y lugares correspondientes a estas circunstancias y condiciones. (Pío XII, *PRIMO FELLICITER*, 6)

Formar para vivir en esta obediencia a Dios a través de la autonomía de las realidades temporales es muy exigente y requiere personas capaces de vivir con alegría una real y justa autonomía personal. Nuestro mundo necesita testigos que avancen en la verdad del amor en medio de las realidades temporales. Amar el mundo y aceptar ser testigo de la verdad, signo de contradicción es siempre doloroso.

La obediencia a los estatutos es de todos los miembros del Instituto, incluidos los que han sido elegidos para ocupar puestos de responsabilidad. Todos deben estar atentos para vivir un verdadero apostolado en el siglo y desde el siglo. Esto supone tener en cuenta la autonomía de la persona y las leyes del trabajo en que se halle implicado el miembro del IS. Esto no obsta para discernir en comunión qué conviene hacer en cada situación y momento histórico. Toda vocación es misión al mismo tiempo.

3.- La obediencia a los acontecimientos

Cuando se habla de obediencia en la Iglesia, con excesiva frecuencia, se piensa en la obediencia a un superior. Pero el seguimiento de Jesús obediente obliga a estar muy atentos, como él lo estuvo, a la hora del Padre, a la voluntad del Padre, que se manifiesta también en y a través de los acontecimientos. No me refiero ahora a las cuestiones de fe, sino de praxis según el evangelio en lo concreto de la existencia. Por ello estamos llamados a un aprendizaje, como dijo Juan Pablo II: Aprender a escuchar la voz de Cristo en las nuevas situaciones de pobreza. Y esto es verdad para todo discípulo. No estamos ante una moral de situación, pues se trata de avanzar en todo momento de acuerdo con la palabra del Señor, que no deja de mostrarnos el camino a seguir, aun cuando sea en ocasiones en el silencio y la oscuridad de la fe.

Esta obediencia en y a través de los acontecimientos comporta un verdadero diálogo con el Señor en el seno de la comunión eclesial. Hacer lo que me parece más conveniente no es lo mismo que obedecer; como tampoco es obediencia libre y responsable, limitarse a hacer lo que me digan. Se trata siempre, como enseña Jesús, de buscar y llevar a cabo la voluntad del que nos convoca y envía al mundo. Jesús nos dice a sus discípulos: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas esas cosas se os darán por añadidura». (Mt 6, 33) Pero también nos recuerda: «El Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir» (Lc 12, 12). «No temas pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (Lc 12, 32) «¡Hacerse obediente a Dios en todo! He ahí el camino del seguimiento de Jesús que se hizo obediente hasta la muerte en cruz.

4.- La obediencia como camino de libertad y fecundidad apostólica

La obediencia de Jesús al Padre es el camino de libertad y fecundidad. Y lo mismo vemos en la existencia apostólica. El apóstol, en cuanto enviado, es fecundo y libre en la medida que obedece a quien lo envía. La obediencia a la letra hace, por el contrario, esclavos y estériles en la perspectiva del evangelio. A los que estamos dominados por lo inmediato y el hacer, nos cuesta entender y asumir la fecundidad de la obediencia de la cruz. Pero no olvidemos la respuesta de Jesús a Andrés y Felipe, cuando fueron a decirle que los griegos querían verlo:

«Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre». (Jn 12, 23-28)

Ahora bien, la respuesta de Jesús choca con nuestro afán de contabilizar los resultados, con la propaganda religiosa, que busca en última instancia, lo propio de toda propaganda, hacer una buena clientela. La obediencia del Nazareno sigue fecundando nuestras vidas, sigue liberándonos para la libertad. Nada más fecundo. San Pablo lo expresó con suma claridad:

Pues, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos. Ahora bien, la ley ha intervenido para que abundara el delito; pero, donde abundó el

pecado, sobreabundó la gracia, para que, lo mismo que reinó el pecado a través de la muerte, así también reinara la gracia por la justicia para la vida eterna, por Jesucristo, nuestro Señor. (Rom 5, 19-21)

Y por la obediencia hasta morir en cruz, Jesús recibió un nombre que está sobre todo nombre.

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. (Flp 2, 5-11)

Para concluir esta meditación, una palabra sobre el activista, que es lo contrario de la persona obediente, aun cuando parezca muy entregado y generoso. ¿Qué entiendo por activista? No me refiero al que tiene mucha capacidad de acción, al que es capaz de trabajar mucho. Para mí el activista, puede ser de lo más perezoso. El activista es el que hace su proyecto de vida y luego trata de llevarlo a cabo de tal manera que busca imponerlo a los demás. Reflexiona, proyecta y una vez establecido su plan, pide a Dios que se cumpla lo programado por él. Y si todos no apoyan su plan se siente defraudado y molesto. La persona obediente recorre un camino diferente: empieza por orar, por escuchar las opiniones de los demás y luego acepta caminar en la provisionalidad, sin apropiarse la obra.

Es importante, si queremos obedecer, empezar siempre por situarnos disponibles ante el Señor y ante los demás, avanzar desde la escucha y el discernimiento. Y esto supone una actitud profunda de conversión, humildad y abnegación. La obediencia de la fe entraña siempre un verdadero sacrificio del yo.